

**ANTONIO RAMOS:** *El manuscrito sobre la gravitación de los arcos contra sus estribos.* (Edición y estudio de Rosario Camacho Martínez. Málaga, Colegio Oficial de Arquitectos de Málaga y Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1992.

Fernando R. de la Flor

“¿Qué otra cosa son ciudadelas, torres, revellines, muros, antemurales, fosos, ciudades y castillos, sino todo geometría y proporciones?”. La pregunta que se hacía Luca Pacioli sigue en cierto modo gravitando sobre nuestro entendimiento de lo que es la arquitectura, y nos interroga acerca de lo que es un auténtico conocimiento de la verdad secreta y última en que la misma se basa: la geometría, las matemáticas.

En efecto, toda la infraestructura material que posibilita la existencia de la fábrica arquitectónica constituye el dominio de un saber extenso y en buena parte, desconocido, cuya transmisión apenas deja documentos al haber estado, en gran medida, confiada a la oralidad, a su comunicación vinculada a la experiencia directa en el trabajo.

Es éste el momento histórico en nuestro país en donde comienzan a emerger los documentos arqueológicos de una práctica soterrada, de lo que fue una “tecnología de la ciencia arquitectónica” que abarca áreas y saberes relacionados con la montea, con la mazonería, mecánica estática, esterometría, con la resistencia de estructuras, el estribamiento de bóvedas y, en fin, con todos los elementos que en el plano de la praxis posibilitan desde los mismos cimientos la existencia del edificio de la arquitectura.

Es éste el momento histórico apropiado, pues, en que alcanza pleno sentido el preguntarse por ese tipo de verdad íntima y secreta-, que toda fábrica evidencia y oculta simultáneamente. Aquí, en este punto, en verdad nodal, se sitúa la importancia del trabajo de exhumación, que sin apenas antecedentes en su género, ha sido realizado por Rosario Camacho acerca del manuscrito de Antonio Ramos, *Sobre la gravitación de los arcos contra sus estribos*, una obra situada en los años del reinado de Carlos III.

Todo el trabajo intelectual llevado a cabo para devolvernos en condiciones inteligibles este pequeño monumento de lo que es la práctica de la arquitectura, se

convierte, él mismo, en metáfora de lo que es el papel central jugado por esa práctica como animadora secreta de todo lo que merece la pena llamarse **arquitectura**. La autora, entonces, ha partido de la materialidad de una escritura -que es, más que propiamente discurso, numerología, matemática y geometría, entregada a la resolución de “problemas” y “proposiciones”, para ponerla en conexión con un amplio campo que como historiadores del arte nos compete estrechamente. En este sentido no es sólo que junto con la edición del Antonio Ramos se nos entregue el completo acontecer biográfico, de quien a todas luces es el mayor arquitecto de la Málaga del XVIII, sino que, además, la revisión crítica del manuscrito nos obliga a enfrentarnos de la mano infatigable de su descubridora con una serie de cuestiones hacia las que nuestra época se abre con singular curiosidad.

Reseño tres de ellas, para no desbordar los límites de que es una simple noticia sobre una aportación bibliográfica reciente y valiosa. En un primer lugar, la exhumación del manuscrito de Antonio Ramos pone en pié la cuestión de lo que es o fue la tramisión didáctica de los conocimientos de construcción, y revela también patentemente que en el XVIII creció de una manera exponencial el volumen de estos textos que, fuera de planteamientos teóricos, atendían a la formación concreta de las capacidades en el mundo de la arquitectura. Una reflexión del propio Antonio Ramos ilumina este escenario, por cuanto el mismo arquitecto llega a concebir su tratado como un “dar cuenta” de lo que secularmente ha permanecido “con suma oscuridad en esta materia” (ed. cit., pág. 133).

La introducción de Rosario Camacho -en propiedad habría de hablar de varias introducciones para cada una de las cuestiones suscitadas- nos sitúa ante el *background* que rodea la emergencia de una obra de esta naturaleza y de lo que en su novedad misma, siempre en dialéctica abierta con lo que son esos otros tratados “canónicos” con que la arquitectura se configura en lo que es su estilística, su estructura y morfología; tratados estos últimos hacia los que los historiadores de los estilos se han dirigido con frecuencia, creando una zona de sombra sobre la verdad incuestionable de lo que es la otra parte de la cuestión: la pura práctica arquitectónica.

Una segunda cuestión abordada, nos sitúa ante el complejo papel que a fines del XVIII le cabe cumplir a la Academia de San Fernando, en orden a lo que entonces se entendía como su contribución específica a lo que debía ser la “verdadera solidez de la construcción” (para emplear las mismas palabras de Carlos III, dirigiéndose a esa Academia en demanda de nuevos planes de formación). En suma, el papel

**Fernando R. de la Flor.**

de las enseñanzas artísticas, más en concreto: la necesidad de subordinar toda práctica arquitectónica a un conocimiento reglado, parece el telón de fondo que orienta toda la literatura arquitectónica del siglo, y es así también como el manuscrito del arquitecto malagueño se convierte en un documento significativo dentro de una problemática específica, relativa a lo que es la trasmisión de la enseñanza -y a la posibilidad de su existencia misma- en el siglo XVIII.

Todo ello fuerza a la editora a revisar esa misma tradición, con el objeto de enraizar en ella lo que ha sido la materia de su investigación. Movilizando así el saber sobre un dominio poco conocido (si no es por los trabajos de H. Capel, para el caso de las Academias de Matemáticas para la formación de ingenieros militares o de Bonet Correa y otro, para el caso de la de San Fernando), el trabajo realizado presta un soporte diacrónico sobre el que integrar una obra, ciertamente poco referenciada, y de la que incluso podríamos asegurar su carácter de *unicum*, vale decir: de ejemplar singular, cuyo conocimiento sin embargo nos obliga, desde el momento mismo de su publicación, a reconsiderar profundamente la parcialidad con que se han abordado ciertos problemas de la Historia del Arte y, simultáneamente, el olvido injusto en que han caído algunos aspectos periféricos (pero en todo caso: esenciales) de esa misma historia.

Una tercera órbita que la edición comentada circunscribe, es la que atañe al carácter mismo de la transcripción realizada, a todas las cuestiones que tienen como punto de referencia la verdad material del manuscrito, su carácter, de misma "ecdótica", como se denomina desde el análisis textual a todas las cuestiones que un manuscrito suscita referidas a su autoría, al problema de su trasmisión, a la situación de la copia, a su finalidad y destinatarios probables, etc. En este plano, habría que decir que el trabajo de edición realizado rebasa con mucho lo que a menudo suelen ser las puestas al día de manuscritos antiguos preparadas por historiadores del arte, y ello por cuanto el rigor empleado genera una satisfactoria contestación a todas las preguntas que un especialista pueda razonablemente hacerse acerca de la dimensión histórica (la importancia misma) y al mismo grado de fiabilidad que alcanza el texto que se le ofrece.

Texto, manuscrito, opúsculo, tratado u obra ésta de Antonio Ramos, que del olvido pasa a engrosar, en virtud del esfuerzo derrochado en su publicación, (y es justo indicar que este esfuerzo ha sido llevado a cabo por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y el Colegio Oficial de Arquitectos de Málaga), el discurso de la historia del arte de la arquitectura en nuestro país.

ANTONIO RAMOS: *El manuscrito sobre la gravitación de los arcos...*

Texto, manuscrito, en verdad singular, atípico, por cuanto cabe también considerar que el mismo no es en modo alguno una obra cerrada, sino quizás algo más valioso por raro: se trata, en cierto modo, de un *pre-printer*, de un “cuaderno”, también de un “proyecto”, de un documento, en todo caso, producido en la órbita de la didáctica de las artes, heredero por su factura de lo que fueron los “cuadernos de clase”, los apuntes y “cursos para dictar” que constituyeron la espina dorsal en la transmisión de un saber arquitectónico para las promociones de ingenieros formados por las nuevas y reales academias de matemáticas del siglo XVIII.

No es casual, en este sentido, sino al contrario, producto de lo que comienza ya a ser una constante histórica, el que esta cuidada edición de tan singular tipo de documento coincida en el tiempo con otras ediciones centradas en documentos de igual o parecida naturaleza, como es el caso de la publicación reciente del cuaderno de clases de quien fuera el primer director de la Academia de Matemáticas para ingenieros, Mateo Calabro, o el caso también de la edición que José Ramón Nieto nos ha entregado del *Arte de hacer el estuco* de Ramón Pascual Díez.

Todo ello determina la existencia de una corriente historiográfica en cierto modo nueva, corriente que, más allá de los libros y tratados así constituidos como hitos que definen periodos estilísticos o épocas en la historia de la arquitectura, gusta ahora de volverse hacia la exploración de otros márgenes y fronteras no holladas. Fronteras donde ésta y otras nuevas investigaciones encuentran las razones últimas (y simultáneamente también primeras) en las que se asienta la verdad de la arquitectura, y la necesidad de una práctica hermeneútica que contemple la inabarcable extensión que pone en pié su problemática.